

REVISTA DE ARAGON

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

PUNTOS DE SUSCRICION.

ZARAGOZA: En el taller de encuadernaciones, calle de San Félix, número 2, en el almacén de papel de La Bandera Española, Coso, núm. 62, y en las librerías de la señora viuda de Heredia, Bedera, Francés, Osés y Menéndez. — HUESCA: Librería de don Jacobo María Pérez. — TERUEL: Administracion de *El Turotense*. — MADRID: Librería de D. Mariano Murillo, Alcalá, 18.
— Se insertan anuncios á precios convencionales.

PRECIOS DE SUSCRICION:

	TRIMESTRE.	SEMESTRE.	AÑO.
En Zaragoza.....	8 rs.	15 rs.	28 rs.
En Madrid y provincias.	10 »	18 »	32 »

Toda la correspondencia literaria y administrativa se dirigirá al Director de la REVISTA DE ARAGON, D. Mariano de Cavia, Píno, 2, 2.º. — Los anuncios, avisos y reclamaciones se reciben en la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.
— No se devuelve ningun manuscrito.

SUMARIO.

- I.— *Advertencia*.
- II.— *La Quincena Aragonesa*, por D. Mariano de Cavia.
- III.— *Regalías de los Señores Reyes de Aragon. — Discurso jurídico, histórico y político*, por D. Melchor de Macanaz, (continuacion) por D. Joaquin Arnau é Ibañez.
- IV.— *Biografías Aragonesas. — D. Ponciano Ponzano*, por D. M. de Cavia.
- V.— *Los Esmaltes de Aragon*, por D. Toribio del Campillo.
- VI.— *Esproncedo. — Su vida*, (continuacion) por D. Faustino Sanchó y Gil.
- VII.— *Siete días en Annam*, novela original (continuacion), por don Baldomero Mediano y Ruiz.
- VIII.— *La última batalla. — II. — La Promesa. — Leyenda*, (conclusion) por D. José María Matheu.
- IX.— *Delito y pena* (soneto), por D. German Salinas.
- X.— *Libros remitidos á esta redaccion*, por B. M.
- XI.— *Espectáculos, miscelánea y anuncios*, en la cubierta.

ADVERTENCIA:

Hoy repartimos á nuestros suscritores número doble, con motivo de no haberse publicado — por razones ajenas á nuestra voluntad — el correspondiente al domingo próximo pasado. A contar desde hoy, esta falta no se repetirá, porque hemos adoptado las medidas precisas para que la REVISTA DE ARAGON no interrumpa la marcha próspera y desahogada que le es necesaria á fin de representar digna, aunque modestamente, la cultura de nuestro queridísimo país.

La ya numerosa y brillante lista de nuestros colaboradores cuenta desde esta fecha con nuevos nombres, bien afamados y conocidos en el cultivo de las ciencias, las letras y las artes. Algunos de ellos nos han favorecido con trabajos dignos de su reputacion, que publicaremos con la mayor presteza que nos sea posible. Para mayor variedad de la seccion de *Crónicas*, escribiremos las de nuestra ciudad de Zaragoza alternando con otras de Madrid, cuya redaccion hemos encomendado á la elegante pluma y amenísimo ingenio de un amigo y paisa-

no nuestro que reside en la villa coronada. Daremos tambien á luz con frecuencia crónicas de indole vária, donde escritores competentes den cuenta exacta, tanto del movimiento intelectual y artístico, como del agrícola, industrial y mercantil que tan inmediato y evidente interés ofrece á las comarcas de Aragon. Otras mejoras de diversos géneros proyectamos y otros pensamientos de verdadera importancia hemos de llevar á pronta realizacion, si no nos falta el apoyo de las personas ilustradas y de buena voluntad que aspiran á elevar el nivel de la cultura aragonesa.

En cuanto á la parte material de esta publicacion, introduciremos paulatinamente en ella cuantas mejoras nos sean dables, atendido el precio exiguo á más no poder de nuestras suscripciones. Por de pronto, hemos vuelto á imprimir la REVISTA en la tipografía donde se publicó durante el primer trimestre. Las ventajas de este cambio no se ocultarán seguramente á nuestros favorecedores.

Para dejar sólida y definitivamente organizado el servicio de la REVISTA, rogamos á los señores suscritores que, cuando dejaren de recibir algun número, pasen inmediato aviso á la librería de Osés, D. Jaime I, 42, frente al restaurant de Fortis.

A los señores suscritores de fuera de Zaragoza que estén en descubierto del pago del trimestre actual suplicámosles que se sirvan remitirnos prontamente dicho importe, bien por medio de carta á nuestra direccion, bien por medio de sus amigos en esta capital, entregándolo en la librería ántes citada. Encarecemos la necesidad de saldar esas cuentas, porque de todos necesitamos para cumplir dignamente con los deberes que nos hemos impuesto.

LA QUINCENA ARAGONESA.

Memento homo... dice la Iglesia, poniendo la ceniza en la frente á millares de cristianos, cuando el primer tañido del bronce religioso se confunde aún con los últimos ecos del profano violin que ha sonado en bailes y saraos, cuando la severa voz de la Cuaresma cejijunta se confunde todavía con los gritos descompasados del expansivo Carnaval, cuando la linda mascarita se despoja de galas y preseas, cuando caen las postreras migajas de la opulenta mesa del festin, cuando las consumidas bugías lanzan sus grises espirales de humo, y aún gotea sobre el sucio mantel la última botella de Champagne ó el último frasco de Johannisberg....

Memento homo—dice la Iglesia—*quia pulvis es et in pulverem reverteris*; y ni aun este aviso seco é implacable basta á separar nuestros deseos y antojos de las fugaces y mezquinas delicias mundanales. Suenan esas palabras en nuestro oído fatídicas y terribles, pero la armonía seductora de un wals de Waldteuffel, el gorjeo de unas cuantas hijas de Eva envueltas en sedas, gasas, raso y lentejuelas, el estampido del corcho que cede paso al espumoso Moët Chandon, el cascabeleo y algazara de Carnestolendas pueden más que todas las admoniciones religiosas y los consejos todos de la sana razón. No bien hemos descansado de los carnavalescos regocijos, monótonos si no son desordenados, cuando ya otra vez, en plena Cuaresma y en plena época de recogimiento, sacude la Locura su gorro de cascabeles y otra vez se lanzan los fieles cristianos al bullicio y la alegría. Es la Piñata.

Por eso un amigo mío, filósofo profundo, que estima las doctrinas del antiguo Epicuro en mucho más que las teorías de los modernos Schopenhauer y Hartmann, dice que el *memento homo* de la Iglesia debiera traducirse así:

—Acuérdate, hombre, de que al baile has ido y al baile has de volver.

Libre es la traducción, demasiado *libre* sin duda alguna; pero concédaseme por lo ménos que interpreta fielmente la conducta de esos seres incorregibles que se llaman los hombres y las mujeres y son, como dijo un perspicaz observador, la peor gente que hay en el mundo.

* * *

¡Noche, lóbrega noche! Pudiera decirse repitiendo el apóstrofe del insigne Gallego, al recordar la del 5 de Marzo de 1838.—Con arriesgado arrojo que sólo en pechos españoles y aragoneses puede haber, introdujéronse en la ciudad del Ebro unos cuantos centenares de carlistas, validos de la oscuridad de la noche y codiciosos de presa tan excelente. Con denuedo bizarrísimo que sólo en pechos aragoneses y zaragozanos se puede imaginar, rechazaron unos cuantos centenares de liberales támbien audacia y ataque tan imprevisto.

Sangre y lágrimas sin cuento fueron el fruto amarguísimo de aquella jornada. ¿Hay quién crea que su triste recuerdo despierta el dolor en el ánimo de los zaragozanos y les convida á patrióticos pensamientos y serena meditacion? Presto

disparará creencias semejantes el calor de las mil fogatas que en sotos y alamedas, torres y alquerías, monte y llanura, encienden los hijos de la siempre heroica ciudad, dando al olvido tristes memorias y al estómago gratas realidades. Consecuentes consigo mismas las públicas costumbres obran en esta ocasion como en iguales ocasiones. ¿Qué mejor modo de honrar á los muertos que emborrachándonos los vivos? En las antiguas usanzas formaban las libaciones parte principal de las ceremonias religiosas. Esta práctica no se ha perdido, gracias á Dios; y aún al conservarla, se ha ganado en pró del individuo el liquido precioso que se derramaba antaño por los suelos. ¡Echemos, pues, un traguito de Cariñena (sin *fuschina*) á la memoria, ya que no á la salud, de los valientes zaragozanos de 1838!

Si ellos no nos lo agradecen, nosotros nos lo ganamos.

¿Concluiré este párrafo diciendo, á estilo de gaceta, que no hubo el menor desórden que lamentar en este aniversario? N6, porque pudieran desmentirme los diarios locales, á pesar del prudente silencio que han guardado sobre ciertos sucesos ocurridos en un establecimiento público de los más frecuentados en esta ciudad de Zaragoza y en su nunca bien ponderada calle del Coso.

Jamás hubiera imaginado yo que se podría enmendar cierto refran diciendo: *Al buen callar llaman... Prensa.*

* * *

¡Lecocq, Offenbach, Planquette! Hé ahí los maestros que van á deleitarnos en el Teatro Principal durante estas noches con sus alegres y juguetonas melodías, despues que por las mañanas nos edifiquen y conmuevan en los templos con sus ascéticas exhortaciones los padres de la Compañía de Jesús.

El contraste es un poco fuerte. Entre el Padre Mach y Maria Friggerio hay distancias que sólo pueden franquearse á fuerza de saltos mortales donde se descalabra el más pintado; pero los usos modernos nos tienen ya harto acostumbrados á semejantes espectáculos. Esas transiciones bruscas y esos cambios de escena y de emociones son muy del gusto de la contemporánea sociedad; y es de ver á la niña tímida, que por la mañana recorre las naves del Pilar, baja la vista, castamente rebozada la cabeza en tupido velo, y ostentando en las manos rosario y libro de devocion, cómo por la noche, irguiendo su esbelto busto, realzando su belleza con las galas de la moda y desplegando como en guerrilla el tropel de sus encantos personales, rie con los chistes de Ficarra y obliga á ciertos aficionados á hacer papeles más bufos que cuantos en la escena se presentan.

Buen artículo escribió D. Ramon Mesonero Romanos hace treinta años sobre *Los Cómicos en Cuaresma*. ¡Buen artículo podria escribir hoy sobre *La Cuaresma en los Bufos!*

* * *

¿Están de moda los nombres de rios para bautizar periódicos? Tres de estos, salidos á luz en tierra de Aragon, he visto en estos dias por pri-

mera vez y los tres llevan apellidos hidrológicos.

Uno de ellos, publicado en esta capital, se titula *La Gaceta del Huerva*. Tan modestas me parecen las pretensiones de quien se convierte en eco periodístico del Huerva como exajeradas las de este río al echarse su correspondiente órgano en la prensa. ¿Querrá acaso protestar contra ciertos proyectos que hay, según se dice, de cubrir su cauce y desviar su curso? Es posible, y le aplaudo la intención. De todas suertes, recomiendo la de ese río á las personas que tratan de echarle tapas y medias suelas. El Huerva, ahí donde Vds. le ven, es un río de buenos antecedentes y muy amante de la familia. ¡Nunca se ha salido de madre!

Otro de los periódicos indicados es *La Voz del Vero*, que se publica en la ciudad de Barbastro. Supongo que esa será una voz fresca y sonora; como de río, al fin y al cabo. Me alegraré de que no se tome y, sobre todo, de que no se pierda en el desierto.

El tercero de esos periódicos es *La Via del Ebro* y aparece en la ciudad de Caspe, célebre por su célebre Compromiso. Deseo que no tenga ninguno esa publicación, ya que viene á abogar en la prensa por ciertos intereses materiales, muy atendibles en verdad. Por lo demás, el Ebro viene ahora muy crecido y su *vía* suele ser bastante peligrosa. ¡Mucho cuidado con desbordarse!

* * *

La última crisis política ha sido origen de muchos dichos y dichos. No todos puedo apuntarlos aquí; porque la REVISTA, aghena á los asuntos políticos, no debe meter en ellos su cuarto á espadas. Repetiré, sin embargo, una de tantas ocurrencias como en estos días pasados se han oído.

Dice un padre á su hijo:

— Mira, Fulano, si quieres entrar en un partido político que pueda convenirte, hazte centralista.

— ¿Por qué, papá? pregunta el mozalbete.

— Porque desde el centro se puede ir á todos los puntos de la circunferencia.

MARIANO DE CÁVIA.

REGALÍAS

DE LOS

SEÑORES REYES DE ARAGON.

~~~~~

DISCURSO JURIDICO HISTORICO Y POLITICO, POR D. MELCHOR DE MACANAZ

(Continuacion.)

No tardó Macanaz en dejar á Zaragoza para seguir al nieto de Luis XIV en la campaña del Principado, continuando adscrito al consejo íntimo del rey durante la retirada de la córte á la Alcarria y algun tiempo despues hasta mediados del año siguiente de 1707, en que reprimido casi todo el antiguo reino de Valencia, excepcion hecha de algunas poblaciones situadas en la marina de Alicante y del centro del Maestrazgo, fué diputado por el monarca para que con plenos poderes aba-

tiera todos los privilegios de aquel antiguo florón de la Coronilla y modelara su gobierno y régimen por el patron de las leyes castellanas. Aquí es donde emprende Macanaz con ardor infatigable el estudio de los fueros, por cuya desaparicion trabaja ahincadamente con el beneplácito de su rey. Cuando tres años despues, hallándose éste en Zaragoza, confirió á su leal servidor la Intendencia general de ese reino, no ignoraba Felipe V que ninguno de sus Ministros podia reanudar los propósitos ni reivindicar con tantos bríos las prerogativas de la corona como el candidato de su predileccion.

Diligente anduvo el Consejero de Hacienda en lo de poner mano fuerte en los fueros de Aragon. Viendo que el rodeo de una tramitacion embarazosa y prolija, cual era la de someter al beneplácito de un real Consejo financiero, como ahora diríamos, sus proposiciones y medidas, entorpecía sus afanes, echó por el atajo prescindiendo de aquella formalidad consultiva; con que pudo despacharse á su placer, no teniendo ya que habérselas con la resistencia pasiva del Consejo, que aunque presidido por el príncipe de Tilly, en su calidad de Comandante general del reino, componíase del Obispo de Huesca, el Arcediano de Zaragoza, dos nobles y dos ciudadanos del país, gente adicta sin duda al nuevo rey, pero que á fuer de aragonesa, miraba de reojo cuanto pudiera comprometer las franquicias de la tierra.

Consecuencia de aquel disentiendo fué que Macanaz enviase al rey, entónces en Corella, por conducto del marqués de Grimaldo, buen amigo del Intendente, un apasionado discurso contra los fueros, proceso el más minucioso y terrible de nuestras antiguas exenciones, que halló el rey de todo su agrado, y que con ampliaciones posteriores del mismo acérrimo anti-fuerista, por él coleccionadas bajo el título *Ruina de los fueros de Aragon y Valencia y materiales para la historia*, es lo que constituye la obra hoy publicada por la empresa del Sr. Reus.

Difícil hubiera sido topar con un historiador y un político de más ricia condicion, más cabezudo y constante, á par que ménos temeroso del trabajo en remover hasta lo hondo con implacable crítica el material histórico de los fueros de Aragon.

El primer punto de vista de su análisis contrájose á demostrar que la supuesta existencia de fueros anteriores á la coleccion del rey D. Jaime, no tiene más fundamento que la carta de mosen Juan Ximenez de Cerdan á mosen Martin Diego Daux, que Macanaz estima como una invencion y hasta como impostura intolerable. No hubo, pues, más fueros que los que D. Jaime el Conquistador fué servido de otorgar á sus pueblos: tal viene á ser en sustancia, entre reticentes vejaciones, la conclusion del célebre regalista.

La segunda consideracion fundamental, en el órden de sus ideas, es que, aun dando de barato que los reyes no hubieran podido deshacer á derechas lo que á tuerto muchas veces y con menoscabo siempre de la autoridad real, hicieron por su egoista provecho los señores de Aragon (lo cual era para Macanaz conceder el máximo, dentro de su inflexible realismo), podía el monarca de Cas-

tilla borrar de una plumada toda la antigua legislación foral de ese reino; porque como los aragoneses secundaron la atroz rebeldía de otros pueblos, poniéndose del lado del archiduque, cayeron por este sólo hecho en la condicion de *esclavos*; y no era poca la gracia ni escasa la longanimidad de Felipe V, si contentándose con reintegrar á su Corona la plenitud de atributos esenciales, dejaba á los habitantes de Aragon sus bienes, de que podía haberse incautado el Estado, y respetaba sus vidas, que igualmente pudo arrebatárles la autoridad suprema del monarca. Concepcion jurídica es esta de monstruosas consecuencias, é identificación absurda del poder absoluto y del Estado, que determina el más alto punto de exajeración monárquica; pero no se olvide que al sujetar á crítica severa estas y otras opiniones igualmente radicales, no debe el pensamiento abstraer toda la condicionalidad histórica en que tomaron cuerpo, si queremos librarnos del influjo de nuestra época y de las ideas más generales de nuestros dias, ante las que si aisladas pueden parecer muchas antiguas teorías, atroces yerros é inconcebibles aberraciones, relacionadas con el movimiento de los siglos en todo el medio histórico de su manifestacion y desarrollo, tienen su razon de ser y hasta pueden, dentro de un ciclo dado de progresos, contribuir en superior medida á la preparacion de grandes conquistas de derecho.

Tiende el tercer término de la obra y empeño del porfiado Macanaz, á deshacer un error que todavía goza hoy, con ser tan elocuentes los datos en contrario, de general acogida aun entre los mismos aragoneses: el de que Felipe II, al decapitar á Lanuza, mató de un sañudo golpe de hacha los fueros é inmunidades del reino. Y nada ménos cierto, pues que la casa de Austria, en vez de cortar á cercen por su base el árbol de nuestras franquicias, lo que hizo fué abonarle con mayores concesiones privilegiadas, segun Macanaz demuestra cumplidamente en su trabajo, y segun puede verse en la coleccion de los mismos fueros y observancias que tenemos delante.

¿Cómo llega el Ministro de Felipe V á su conclusion primera? Datos que comprueban la tesis histórica de los fueristas netos, verdad es que no los hay; pero verdad es tambien que esta deficiencia de hecho no puede fundar de lleno la opinion de cuantos afirman lo contrario. Tiene pues que suplir la sana crítica racional la falta de precedentes auténticos. Y aquí es donde Macanaz somete la historia á sus intransigencias políticas, en vez de someter todo prejuicio á la recta apreciacion de los tiempos. Sucédele, pues, que mirando con pasion á los nebulosos orígenes del reino de Aragon y á sus primeros desarrollos ya plenamente históricos, quiere modelar las instituciones nacientes de aquel reino en la turquesa de sus ideas individuales y las reputa idénticas en forma á las que en su tiempo tenia, por ejemplo, la monarquía española. Con cuyo criterio, si nosotros hubiéramos hoy cuenta en absoluto del realismo que enardeció continuamente los sentimientos del ilustre Fiscal general de Felipe V, podríamos estimarle como uno de los hombres más fatales para la historia política de España, dada su fiera re-

pugnancia á todo lo que pudiese proyectar la más leve sombra de independencia pública sobre el poder absoluto del monarca. Y fuéramos entónces tan injustos, como lo es sin duda el gran detractor de nuestros pasados fueros al significar que ni los súbditos aragoneses pudieron nunca imponer su caprichosa voluntad á los reyes en talante de insufrible altanería, ni éstos ceder por fuerza un ápice de sus inenajenables derechos en guisa de composicion humillante; siendo, al contrario, todos los fueros gracia y merced espontáneas del soberano D. Jaime I, y de otros despues que le siguieron en aquel desastroso camino todo el tiempo ántes y dos siglos más tarde de la reunion de ambas coronas peninsulares.

JOAQUIN ARNAU é IBAÑEZ.

(Se continuará.)

## BIOGRAFÍAS ARAGONESAS.

### DON PONCIANO PONZANO. (1)

Cuéntase entre los más preclaros artistas que á España ha dado el renacimiento de las artes y las letras en el presente siglo, al hijo de Zaragoza don Ponciano Ponzano, afamado escultor, amigo y discípulo de los insignes Thorwaldsen, Alvarez y Tenerani.

En el año de 1813 nació Ponzano en la ciudad de los héroes y los mártires. Decidióse tan temprano en él la aficion artística, que á la edad en que otros andan en los estudios intelectuales más rudimentarios, él trabajaba ya bajo la direccion del pintor D. Narciso Lalana, catedrático de la Academia de San Luis, y del escultor en madera don Tomás Llovet, maestros ámbos sin condiciones para obtener brillantes discípulos.

Llovet era un constructor de imágenes y retablos, ni más ni ménos; Lalana era un pintor mediano, aleccionado en la escuela pseudoclásica y sin alientos propios para desligarse de sus embrazosas cuanto mezquinas trabazonas. Recibiendo lecciones de estos vulgares artistas se hallaba Ponzano, cuando en 1827 llegó á Zaragoza el célebre escultor D. José Alvarez con motivo del proyectado monumento de Pignatelli,—que por fin se levantó muchos años despues.

Vió Alvarez los trabajos del muchacho, comprendió todo el valer de su aptitud y resolvió ponerle en camino que le condujese á los destinos que sin duda le eran reservados. Consiguió de la provincia una pension de seis reales diarios para el jóven Ponzano, y un año despues le llevó consigo á Madrid el hijo de Alvarez, llamado tambien José y tambien artista distinguido.

En seguida empezó Ponzano á recibir las fructuosísimas lecciones de Alvarez, y es muy de notar que este á nadie las habia otorgado nunca,

(1) En el semanario madrileño *La Academia*, se ha publicado poco tiempo hace un muy notable trabajo póstumo del Sr. D. Jerónimo Borao, titulado *Ponzano y su familia*. A él remitimos la atencion de quien quiera recrearse con una multitud de curiosísimas noticias.

exceptuando á su hijo y al escultor Bover. Excelentes fueron las enseñanzas de Alvarez, pero breves, porque murió el mismo año de 1828. A pesar de esta escasez, todo el gusto artístico del alumno se derivó de este corto pero sustancioso endoctrinamiento, segun hace observar en su notable estudio biográfico sobre Ponzano—que nos sirve de mucho para el presente—el distinguido escritor y docto académico D. Francisco Maria Tubino.

«Sintió el niño en su alma—dice éste—el fuego de una inspiracion novisima y generosa, y copian-do primero vasos italo-griegos y etruscos, y luego hojeando los cuadernos de Flaxman ó recreándose en los magníficos dibujos del antiguo y en los vaciados que llenaban el estudio de Alvarez, comen-zó la educacion del gusto, dirigido bajo aquella nueva disciplina, hacia el blanco de la verdadera belleza. Constante en el trabajo, no se interrumpía sino en los momentos precisos para el des-canso.»

Corriendo el año de 1830 Ponzano ingresó en las aulas de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, siendo sus maestros Barba y Salvatierra. Aquel mismn año se celebró el concurso público para las pensiones de Roma, y el jóven aragonés, de diez y siete años á la sazón, ganó la segunda de las dos pensiones de escultura con el boceto de un asunto histórico de la infancia de Alfonso XI. El primer puesto fué para D. Sabino Medina. Los demás pensionados eran Anibal Alvarez—hijo del protector de Ponzano—y Manuel de Mena, para la arquitectura, y Benito Saez y Cesáreo Gariot, por la pintura.

El importe de las pensiones, á cargo de la Obra pía española, regida entónces por la Administracion papal, era tan exiguo que no pasaba de nueve duros mensuales la suma que obtenia cada pensionado. Pronto hubieran dejado estos el campo, si el Sumo Pontífice no hubiese dispuesto que se les diera la cantidad de veintisiete duros todos los meses.

Gracias á esta especial proteccion, entró Ponzano en las escuelas de Bellas Artes sostenidas por el Tesoro Pontificio, donde daban lecciones los ilustres Thorwaldsen y Tenerani. Allí copió notablemente, bajo la inspeccion de estos dos génius, el Endimion del Capitolio, ántes que terminase el primer año de pension. A la par acudia el artista aragonés al estudio de Horacio Vernet, dibujando bajo la direccion de este célebre pintor de asuntos militares.

Luego concibió Ponzano otra obra de más em-peño. Antes de realizarla consultó su plan con Tenerani primero y con Thorwaldsen despues, y ga-llando más conformes con las ideas propias lo conse-jos de este segundo de ambos maestros, en se-guida llevó á cabo su proyecto y salió de su hábil cincel el bajo relieve representando la muerte de Diómedes, rey de Micenas, á los golpes de la clava de Hércules. Hizo Ponzano este trabajo en el mis-mo taller donde el francés David habia pintado su célebre lienzo de *Horacios y Curiacios*; durante su ejecucion ayudóle Thorwaldsen con sus adverten-cias, y aun llegó á modelar el gran escultor danés los dos caballos del bajo-relieve, singular mues-tra de aprecio honrosísima para nuestro paisano.

El bajo-relieve fué enviado á Madrid y logró grandes elogios, acrecentándose estos y la nombra-dia de Ponzano con el notabilísimo grupo de *Uli-ses y Euriclea*, presentada en la Exposicion de Bel-las Artes de 1838. El mérito del artista zaragoza-no, ya por todos reconocido, le valió el ingreso en la Real Academia de San Fernando al año si-guiente.

En el de 1840 concluyó el hermoso grupo que representa una escena del Diluvio, y es rico orna-mento de los salones de la Embajada española en Roma.—Cuando empezó Ponzano este trabajo pro-poníase representar en él una escena mitológica, el paso de Juno con un jóven por un rio. Hubo de verlo el Conde de Toreno, protector de las artes, tan generoso como inteligente, y dijo al escultor cuán fácilmente podria cambiarse el carácter pa-gano de la obra por un asunto cristiano, cual una escena del Diluvio Universal. Gustóle á Ponzano la observacion y la aceptó para realizarla; el Con-de ordenó que se satisficiese al artista, miéntras la ejecucion del grupo, la cantidad de veinte reales diarios para la mesa y cuantas sumas además le hicieran falta, pero Ponzano se negó á aceptar estas cantidades; ahorró las necesarias para costear los gastos de su trabajo, y solo cuando este estuvo concluido aceptó del Conde de Toreno la pecunia-ria remuneracion, que fué por cierto tan espléndida como merecida.

En aquel mismo año de 1840 pasó Ponzano á Madrid y contrajo matrimonio con D.<sup>a</sup> Juana Mur, jóven de airoso porte y atractiva hermosura, á cu-ya madre—viuda del escultor toledano Mur—debía el aragonés apreciables testimonios de bondad y simpatía. Volvió á Roma despues de este casamien-to y en aquella ciudad insigne, emporio de las artes, siguió trabajando y acreciendo la fama que gozaba.

Labró, entre otras obras, por aquel entónces el busto del Duque de Gor, exhibido en la Exposicion de Madrid de 1844; y muy luego se le adjudicó—mediante concurso y por la suma de medio millon de reales—la obra del fronton del Congreso de los Diputados, cuyos preciosos trabajos ocuparon á Ponzano durante once años.

Restituido á España y fijada su habitual resi-dencia en la coronada villa, dió nuestro paisano muestras constantes de su ejemplar laboriosidad y de su acendrado talento artístico.—Muchas fueron las obras que de sus manos salieron. Citaremos como las primeras que llevó á cabo el mausoleo del marqués de Gaviria, en la Sacramental de San Isi-dro; un grupo representando *La Piedad*, un *Des-cendimiento*, un Altar gótico, los trabajos escultó-ricos del Paraninfo de la Universidad central, y el mausoleo del general Enna, que está en la capilla de Santa Ana del templo de Nuestra Señora del Pilar en Zaragoza. Por cierto que este mausoleo dió lugar á una curiosa y tenaz competencia entre la familia de aquel general y el Cabildo de esta santa iglesia. La estatua de Enna hállase, como es sabido, en dicho monumento de pié y en actitud de hollar con altanero ademán los despojos del vencido. El Cabildo sostenia—con muy buen acuer-do, á nuestro entender,—que siguiendo una prác-tica constante y racional, en todos los monumentos

fúnebres cristianos las estatuas de los difuntos son ó bien yacentes, ó bien colocadas de rodillas y en actitud de orar, por ser en gran modo impropio que dentro de la casa del Señor se eleven estatuas glorificando á otros seres que no sean Dios ó sus Santos. Oponiase, por lo tanto, el Cabildo á la ereccion del mausoleo en la forma determinada por la familia del general Enna de acuerdo con el escultor; la familia aludida no cedió á los deseos del Cabildo metropolitano, y la controversia fué grande y ruidosa, pero al fin venció en ella la parte seglar con harto detrimento de las usanzas eclesiásticas.

Construyó Ponzano varios relieves: uno para el sepulcro del Cardenal Catalan en el Colegio de Irlandeses de Roma; los que adornan el de la Infanta Carlota en el Escorial, con más cuatro figuras de tamaño natural; el del fronton de la iglesia de San Jerónimo del Paso y el colocado en el muro de la casa donde vivió Lope de Vega.

Hizo los siguientes bustos: de Lope de Vega, para el teatro de este nombre en Valladolid; de D. Federico de Madrazo; del tribuno D. Joaquín María Lopez; de la Reina Cristina; de Fernando VII; de Isabel II; del esposo de esta D. Francisco de Asís; de D. José de Madrazo; del Marqués de San Gregorio; de la Duquesa de Montpensier; de don Eugenio de Ochoa; del Marqués de Falces; de los Condes de Quinto; del Dr. Castelló; de D. Martín de los Heros y del Dr. D. Vicente Lera.

Labró dos estatuas de Isabel II, una de ellas para el Ayuntamiento de Manila; las de D. Mariano Lagasca, botánico famoso; de una hija de los Duques de Montpensier, para su mausoleo; de la Libertad, en el monumento dedicado á Argüelles, Calatrava y Mendizábal, en el cementerio de San Nicolás, de Madrid; y del marino Barcáiztegui, última obra que dejó acabada.

Además de ser notabilísimo escultor, era Ponzano dibujante de mucho mérito y hombre de gran de instruccion, singularmente en materias artísticas y estudios clásicos. Atestiguan lo primero el afan con que en Roma se buscaban y pagaban sus dibujos, cuando se introdujo la moda de los *albums*, y la coleccion—entre otros trabajos de igual índole—de copias de esculturas clásicas que hizo para el *Museo Español de Antigüedades* del editor Dorregaray. Prueban lo segundo los excelentes trabajos críticos y eruditos sobre escultura helénica que dejó manuscritos y que, según se dijo días después de su muerte, la Real Academia de San Fernando se propone adquirir y publicar, tanto para mayor honra de Ponzano como para aprovechamiento y solaz de las gentes estudiosas. ¡Quiera Dios que esta idea loable y beneficiosa no quede en proyecto como tantas otras!

Acabó la vida laboriosa de D. Ponciano Ponzano en Madrid á 15 de Setiembre de 1877.

Era este preclaro varon de carácter firme y tenáz—como suelen ser casi todos los hijos de esta tierra,—de génio afable, pero de tímida condicion; más atento á estudiar su arte que á obtener de él lucro y ventajas, siendo en esto tan extremado que, á pesar de sus muchos y notables trabajos, murió pobre y sin más ganancias que las de su corto sueldo como profesor de la Escuela especial de

Pintura y Escultura. Su aspecto físico no revelaba el génio del artista: su estatura mediana, su marcada obesidad, su fisonomía abultada y bonachona, su bigote y sotabarba, junto á su sencillez en el vestido y su reposada calma en los ademanes, hacíanle parecer, más bien que un discípulo sobresaliente de Praxiteles y Fidias, un modesto juez de partido ó un tendero bien acomodado.

Era, de todas suertes, un honrado aragonés y un excelente artista. ¡Ojalá sea imperecedera su memoria en la tierra que le vió nacer!

M. DE CÁVIA.

## LOS ESMALTES DE ARAGON.

Escasa luz encuentran los investigadores de nuestro país cuando tratan de indagar precisos puntos relacionados con la historia de las artes españolas; y crecen las dificultades cuando se proponen recorrer siglos algun tanto remotos. No se sabe con exactitud el desenvolvimiento gradual de nuestras artes y de nuestras manufacturas; y cuando se intenta concentrar esparcidos antecedentes, tras de revolver numerosos y pesados volúmenes, se desalienta quien pretende ahondar con fruto en tales materias, poco ménos que desconocidas. Limitando estas reflexiones al antiguo reino de Aragon, aparecen todavía mayores las dificultades.

Por fortuna se deben á un economista diligentísimo, aragonés, D. Ignacio de Asso y del Río, indicaciones interesantes que abren camino para inquirir datos relativos á las artes suntuarias de aquel antiguo reino; y por su *Historia de la economía política de Aragon* sabemos que existían pintores de fama y escultores de justo renombre, á cuya sombra debieron progresar varias artes de condicion más humilde que la pintura y la escultura, si bien reconociendo que la restauracion del territorio, empeñando de continuo á sus naturales en árduas empresas, encaminadas por diferentes y remotos países, vedó durante mucho tiempo el vigoroso progreso artístico que alcanzaron otras naciones.

No por eso faltaba el excesivo lujo de que nos da idea el escritor ya nombrado, tanto más sensible cuanto más probable aparece su desproporcion con las manufacturas que el territorio aragonés elaboraba; y es verdaderamente lamentable que fuese objeto de determinaciones legislativas la necesidad de cortar el patente abuso de los camafeos, de las perlas y de los diamantes en costosísimos objetos de oro y en trajes de brocado, sin que al ménos, se alcanzase atenuarlo, sobre todo en las más altas clases.

Pero las investigaciones de Asso nada revelan que con las manufacturas de plateros, orfebres y esmaltadores se relacionen: nada tampoco dicen acerca de ellas Dormer, Anzano y otros economistas de aquel antiguo reino; y hasta el más docto de los historiadores de las artes españolas, el Sr. Cean Bermudez, al hablar de los plateros aragoneses, tan solo da noticia de uno que gozase renombre y residiese en la capital de Aragon en un período de cuatrocientos años, del siglo décimocuarto al décimosétimo, indicando este inexplicable silencio cierta carencia de artistas famosos aragoneses durante aquel tiempo. De dos grabadores en dulce, Diego y Juan Vinglés, que florecieron al mediar el siglo décimosexto, así como de Josef y Juan Vallés, corriendo el primer tercio del décimosétimo, y de Juan Renedo, un poco despues, dá noticias

estimables en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España*; pero no faltan pretericiones indicadas por el Sr. Carderera en su *Noticia de Jusepe Martínez y Reseña histórica de la pintura en la corona de Aragón*, y además deja su obra en completa oscuridad acerca de plateros, orfebres y esmaltadores aragoneses, tras cuya huella hemos encaminado, sin éxito fructuoso, empeñadas investigaciones.

Examinando las numerosas y bellas páginas monumentales de la capital de Aragón, difícilmente se concibe que mediando vínculos estrechos entre las artes, no existiesen allí, con pintores, arquitectos y tallistas insignes, orfebres y esmaltadores hábiles, cuando precisamente se distinguía tan insigne ciudad por la devota y entusiasta largueza con que multiplicaba todo linaje de preciosas ofrendas en los altares de su excelsa Patrona; cuando los nobles zaragozanos poseían grandiosos edificios, cuyos estrados embellecían objetos artísticos de subido valor; cuando subsisten no pocas huellas en históricos salones, que coronan preciosos artesanos, de haber contenido ricos paños de Raz (Arras), retratos y cuadros históricos; y cuando tantos testimonios artísticos han llegado hasta nuestros días, como muestra gloriosa del estado de aquel país en la pintura, en la escultura y en la talla. Cuesta, en verdad, no poco trabajo comprender que el arte en los plateros, orfebres y esmaltadores no caminase con simultáneo adelanto, cuando el ejemplo de los dos Morlanes, de Obray, de Tudelilla, de Pelegret, de Cosida y otros insignes maestros, debía ejercer grande y provechosa influencia en las artes aragonesas; y por lo mismo creemos oportuno descender á indagaciones de diverso linaje para rastrear de alguna manera indicios que con el arte de los esmaltadores se relacionen.

Quando en el año 1343 dictó D. Pedro el Ceremonioso las *Ordenaciones de la Casa Real de Aragón*, señalando minuciosamente todo aquello á que su texto se refería, al tratar de la capilla, no solamente resuelve que «no haya falta de oro, ni de plata, ni aun de piedras preciosas,» para asemejarla á la obra del Santuario, sino que manda existan además en ella «dos lindos retablos de plata con figuras; tres cruces con piedras preciosas y otras labores; seis encajamientos ó relicarios, guarnecidos de plata dorada con labores al propósito, ó hechos de oro; otro retablo de plata, dorado, con la imagen de María puesta en medio de él; cuatro cabezas y dos platos, de plata, con las imágenes de Nuestro Señor y los Santos, dorados; tres cálices con sus vinajeras, dos de los cuales sean de oro, y el uno más preciado que el otro; seis candeleros de plata y seis bordones de la misma materia; dos incensarios, de los cuales el uno sea dorado y más preciado que el otro: dos platos de plata, *esmaltados*, y tres cabezas, labradas á la mosaica, con orlas de plata *esmaltadas*; y esta ordenacion no deja duda de que dentro del reino se hallaban artífices encargados de cumplir la terminante voluntad de Pedro IV; y entre ellos artistas esmaltadores, teniendo en cuenta que el estado social europeo no permitía entonces contar seguramente con inmediatas labores de manos extranjeras.

Al fallecimiento del Príncipe de Viana, primogénito de Aragón, ocurrido en el año 1461, el inventario de sus bienes reveló las muchas preciosidades artísticas que aquella herencia contenía, y en particular la rica seccion de *joyas*, la preciosa de *vasos sagrados* y demás objetos propios del servicio divino en la capilla, y la magnífica de *argentería*, contienen numerosas piezas de gran valor, debidas á plateros y esmaltadores. Cuéntanse entre ellas cadenas y cintillos de oro, *esmaltados*; relicarios, en cuyo trabajo los *esmaltes* y la

pedrería realzan figuras de santos; un cáliz de oro con 13 *esmaltes*; botones y espuelas tambien *esmaltados*; joyeles y otros diversos objetos de semejante labor; y aún cuando algunas joyas, en tan importante documento enumeradas pudieran proceder de Italia, con razon debemos considerar muchas de ellas elaboradas por manos españolas en ciudades de Navarra, de Cataluña, de Valencia y de Aragón, en las cuales, mucho más tiempo que en Italia, tuvo residencia el Príncipe, y hasta pudiera llevarse la deducción hasta el punto de no vacilar en atribuir algunas de tan preciosas obras á plateros y esmaltadores cesaraugustanos, aún cuando es forzoso confesar que faltan datos de terminante prueba.

En los *Comentarios de las cosas de Aragón*, que han immortalizado el nombre de Jerónimo Blancas, tratando los hechos de D. Alonso el V, el *Sábido* y el *Magánimo*, dice aquel cronista que hácia el año 1437 se principió á fabricar la gran casa de la Diputacion del reino, y asegura el preclaro historiador Zurita, en el capítulo quincuagésimonono del libro décimoquinto de sus *Anales*, que se acabó de labrar en el año 1450, haciéndose al mismo tiempo la sala mayor ó real, tan famosa por las efigies colocadas en sus paredes y por las inscripciones latinas que al pié llevaban estos retratos, escritas magistralmente por Blancas, puestas en castellano y escoliadas por el Abad del Monte Aragón, D. Martín Carrillo. Con laudable diligencia el cronista Dormer, cuando hubo de colocarse en esta magnífica sala el retrato de Carlos II, dió á luz una reseña muy circunstanciada de su ornato, en la cual vemos que completaban las grandiosas dimensiones de tan magnífico estrado, la techumbre adornada con molduras de precioso relieve; canes dorados y bruñidos; artesones diestramente pintados, con perfiles de oro; angelotes, grifos, centauros, sátiros, leones, todos dorados y encarnados segun arte; el friso pintado, de piedras y almohadillas con recuadros de variada labor; tarjetones sostenidos por muchachos encarnados, en cuyo fondo se hallan las armas del reino, en relieve y con el oro y colores que les corresponde; y añade que en la testera existía un nicho de 22 palmos en alto, de primoroso dibujo, en cuyo fondo estaba San Jorge al natural, á caballo, con espada en mano, en accion de herir á la sierpe que tiene á los piés, todo de alabastro y obra muy celebrada del gran escultor Ancheta, y cierran el nicho dos medias puertas pintadas por Orfelín, que representan el martirio del Santo, algunos de los milagros que obró Nuestro Señor por intercesion suya, y las batallas en que se apareció ayudando á los Reyes de nuestro reino.

En el *Inventario de la plata, ornamentos, tapicería, armas, libros y otras varias cosas que el reino de Aragón tiene en las casas de la Diputacion y fuera de ellas* (1), hecho en el año 1593, entre otros objetos, se hallan muchos de argentería, como blandones, crucifijos, fuentes, cálices, hostieros, palmatorias, candelabros, cruces, vinajeras y portapaces, la mayor parte con las *armas del reino*, que serian grabadas á baril y algunas tal vez *esmaltadas* en sus propios colores; y así como se infiere de la descripcion de Dormer que en la localidad misma debían morar los artífices que coadyuvaran á crear el grandioso conjunto de la sala de la Diputacion del Reino, al enumerar las alhajas que este mismo cuerpo político poseía, sin violencia se puede afirmar tambien que serian elaboradas éstas por artistas de Zaragoza, indicando que allí, á pesar del silencio del señor Ceán Bermúdez y de la carencia de antecedentes documentales del actual dominio pú-

(1) Lo publicó la REVISTA de ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS en el tomo V, págs. 158, 160, 173, 176, 208, 211, 242, 243, 257, 258, 273, 275, 303 y 328.

blico, existían notables orfebres y esmaltadores entre otros artistas aragoneses de justo y glorioso renombre.

Han mediado de continuo estrechas relaciones entre los países meridionales de Francia y varios territorios del antiguo reino de Aragon, desde los albores de la edad media, por vínculos políticos, por frecuentes entronques de las más importantes familias señoriales de una y otra parte de la cordillera pirenaica, haciendo comunes no pocas fases de la vida social en unos y otros países fronterizos.

Dialectos de origen idéntico, monumentos literarios tan sólo diferentes en ciertos rasgos locales, manifiestan que á unos y otros estados unian estrechos vínculos, no dependientes de convenios impuestos por las alternativas de la fortuna, sino desarrollados en la comunidad de intereses, compenetrando una civilización en otra con mútuo aprovechamiento. Las artes no habían de desligarse del enlace que la cultura de tan próximos territorios había establecido en la vida social, cuando de más distantes comarcas irradiaban artísticas influencias; y no faltan pruebas que confirmen esta indicación en inventarios de casas de reyes, de príncipes y de grandes señores.

Cuando el siglo xvi se acercaba á su término, formaban ya numerosos discípulos en sus talleres de Limoges los afamados artistas que con sus pintados esmaltes han immortalizado en los fastos artísticos á su patria. La superabundancia de hábiles esmaltadores haría que pasasen á otras poblaciones, buscando mayor provecho en su trabajo, los que en aquella ciudad antigua de Aquitania tenían que competir con la superioridad de los Penicaud, de los Limosin, de los Reymond, de los Courteys, de los Vigier y de los Pape; y se considera probable que por este mismo tiempo algunos artistas limogenses, ó de alguna de las ciudades de Provenza, estableciesen en la capital del reino de Aragon talleres para elaborar *pinturas esmaltadas*, según los más ventajosos procedimientos puestos en uso en el sur de la Francia.

*Esmaltes de Aragon* denominan efectivamente los anticuarios á obras de este linaje, que no pueden competir con las de Limoges en el dibujo, en la manera de graduar los paños, en la perspectiva, ni en otros varios pormenores; pero las mismas circunstancias características que hacen en aquellos confusas las vestimentas de las figuras, inciertos los fondos, desacomodada la perspectiva, y presentan á los personajes con perfiles, más bien debidos á manos prácticas que sujetos á las reglas de un verdadero estilo artístico, nos parecen conformes con la rudeza del arte local, según le imaginamos constituido en el siglo xvi, aún cuando concedamos que pudieran tener verdadera y legítima influencia en su adelanto esmaltadores limogenses establecidos en Zaragoza, si realmente lo estuvieron, en el último tercio de la misma centuria, ó apuntando ya la siguiente. La tradición ha dado carta de naturaleza á esos *esmaltes* en aquella metrópoli: todavía en otra localidad ménos importante y mucho ménos populosa de aquel antiguo reino indican tradicionales recuerdos que existieron esmaltadores con merecida fama; y si confirma ese testimonio el hallarse más *esmaltes* en las comarcas de la Comunidad de Daroca que en otros territorios aragoneses, exceptuando la capital, no es aventurado creer ciertas esas tradiciones, con las cuales vienen á coincidir los hechos que apreciarse pueden de algun modo, á distancia cercana de tres siglos. Con alguna frecuencia, en verdad, hállanse por las moradas de nobles familias de Aragon, en el territorio de sus antiguas Comunidades, *esmaltes* que pertenecen á la misma progenie y de la cual existen individuos en la cuenca del Giloca y en sus Campos limítrofes de Romanos, de Bello y de Cariñena; pero esto no basta para declarar terminan-

temente que su elaboración tuviera lugar en la ciudad cabeza de aquella ribera, y nos limitaremos á indicar que los mismos caracteres presentan en la invención artística y en el procedimiento industrial el precioso tríptico, cuyo fondo consta de diez y seis *esmaltes*, estimable joya que se admira en el Museo Arqueológico Nacional, la colección de veinticuatro que hemos descrito en el tomo IX del *Museo español de antigüedades*, publicado por el Sr. Dorregaray, págs. 260 y 262, dos bellos medallones también incidental y rápidamente descritos en la misma obra, y algunos otros cuyo recuerdo no conservamos tan claro que nos permita describirlos.

Justo es convenir en que á veces se halla entre los de Aragon y los de Limoges alguna semejanza en el uso de los colores, y hasta cierta identidad en el plumado, siempre más grosero en los aragoneses: semejante manera de proceder revelan asimismo el uso del azul cobalto con tonos excesivamente oscuros en las ropas y combinaciones del ocre y de la tierra de Siena para obtener diversos matices, cuyas tintas cuadran perfectamente á los asuntos religiosos; pero, á nuestro parecer, el tono incoloro dado á las carnes, cierto relieve con que se indican algunos puntos preponderantes de las figuras, y algunas otras particularidades, conforme á la diversidad de los asuntos, revelan más bien el progresivo adelanto artístico en una industria local, ocasionado en Aragon por influencias más ó ménos discutibles, que su procedencia directa de artistas extranjeros establecidos en ciudades de aquel antiguo reino, mientras datos fehacientes no suministren bases de certidumbre, porque al espirar el siglo xvi y entrado ya el xvii, la escuela de Limoges y los discípulos que sus insignes maestros habían ido formando elaboraban obras más perfectas que las de los esmaltadores aragoneses, aunque esta circunstancia no rebaje el relativo mérito de éstos en sus obras.

Los *esmaltes de Aragon*, que conocemos, son en lo general de pequeño tamaño, y el mismo procedimiento industrial que tiene tanta influencia en el resultado artístico de este linaje de obras es poco apropiado para permitir delicado, escrupuloso y correcto dibujo; pero se halla en ellos, por lo comun, invención creadora caracterizando á los personajes según lo exigen los asuntos, y si los colores algunas veces rebasan los contornos correspondientes de los objetos, no por eso hacen desmerecer á la composición, ni tampoco al proporcionado apunte de las figuras, aún cuando escasee cierta pulcritud en ellos, propia tan sólo de más diestros artífices.

No debe olvidarse tampoco que una obra puede salir perfecta de las manos de un artista y sufrir después graves contingencias cuando se somete á la acción del fuego. Es verdaderamente difícil que conserve su precisa forma ni su correcto dibujo, porque al fundirse los colores de algun modo se borran los perfiles, corriéndose algunas veces y aglomerándose otras, sobre todo no tratándose de tiempos y de artistas que en este género de obras alcanzaran medios de perfeccionamiento, desconocidos á los esmaltadores aragoneses de fines del siglo xvi y del principio de la siguiente centuria.

Es imposible fijar hoy sobre segura base la procedencia de los *esmaltes de Aragon*; pero justo es que al ménos invoquemos aquí afirmaciones tradicionales que la indican en la metrópoli de aquel antiguo reino, en Daroca, cabeza de su Comunidad, y en Calatayud, ciudad importante, que dió nombre á la suya.

Cierto es que los alemanes y los italianos elaboraban en la misma época *esmaltes* más perfectos, con más delicada variedad de tintas, más resistentes á la acción del fuego, y los justamente famosos talleres de Limoges patentizan todavía mayor adelanto; pero no

por esto debemos negar á los esmaltadores aragoneses la gloria que relativamente les corresponda entre los artistas de su tiempo.

TORIBIO DEL CAMPILLO.

## ESPRONCEDA.

### SU VIDA.

(Continuacion.)

¡Ah! señores; las emociones, que conmueven el santuario donde la idea de la maternidad amanece, mientras en él se alberga el boceto de un hombre, influyen muy mucho en la naturaleza del carácter del sér que ha de venir á la vida, y quizá las que conmovieran á la madre de Espronceda, mientras fué parte de sus entrañas el futuro cantor de la duda, imprimieron sobre el génio del vate de Extremadura el sello que otro dia intentaré determinar.

Quédese para trabajos de otra índole el referir las puerilidades de los primeros años de Espronceda. Esta tarea acometiéndola poco tiempo há un hombre que, como Hurtado de Mendoza, fué militar bizarro, y poeta eminente, y erudito, y novelista, y consejero de reyes, y diplomático hábil, historiador, y ornato de la moderna prosa. Aludo, señores, á D. Patricio de la Escosura, á quien escasas horas hace visteis asaltar casi solo los muros de la eternidad. Descanse en paz aquel varon digno del Renacimiento, y no afijamos á las enlutadas letras con alabanzas fúnebres, que harto saben el valor de lo que han perdido. Por respeto á la memoria del que ya vivió, no terminaré el brillante cuadro que él empezó á trazar y dejó sin concluir. Si tal hiciere, sería tan digno de censura, como el que osara terminar la *Encida* de Virgilio, y la *Transfiguración* de Sanzio. Mas, aunque pudiese hacer tal cosa sin incurrir en pecado de profanacion, nunca historiaria la niñez de Espronceda.

«El hombre empieza á vivir cuando siente y piensa. El árbol comienza en las raíces, que cual nuestros instintos están destinadas á no ver la luz. La naturaleza las oculta adrede, porque allí se cobija su secreto. Pero á la simple vista sólo empieza el árbol, en el punto en que sale á la tierra, y se presenta con su tronco, con su corteza, sus ramas, sus hojas para el bosque, para la sombra ó para el fruto, que debe sazonar. Lo propio acaece con el hombre. Sea, pues, la cuna para la nodriza, las primeras sonrisas, lágrimas y vagidos, para el éxtasis de la madre.» No quiero presentar á Espronceda sino con la primera palabra razonada que salió de sus lábios. Os le presentaré alumno del Colegio de S. Mateo, establecimiento de enseñanza al cual deben las letras de este siglo tanto como el arte helénico al jardín de Lorenzo de Médicis, y como al Ateneo de Atenas la sublime, amorosa y poética filosofía de la pátria de Homero, de Platon y de Polinoto.

Colegial á los quince años de aquel Instituto, el adolescente tardó tanto tiempo en adquirir fama de desaplicado y buscar ruidos, como en captarse el afecto de sus camaradas y la predileccion del socrático D. Alberto Lista... prócer de nuestro Parnaso, que vivió aprendiendo en el retiro de su biblioteca y enseñando en la cátedra, para la cual tenia especiales aptitudes; maestro el más obedecido de cuantos se han consagrado al apostolado de la ciencia, bastándole blandas insinuaciones para lograrlo; mano la más piadosa, entre las que han palpado el alma delicadí-

sima de la juventud, y así lo prueban las obras de sus brillantes discípulos. Leyó un dia Espronceda su primer trabajo poético, la oda *A los héroes del 7 de Julio*, y el ilustre sevillano animó el infantil númen del vate, que entonces, como el Rafael niño de Florencia, soñaba llamando á la puerta de la vida.

Cerrado el colegio, Espronceda continuó estudiando privadamente con el insigne humanista, sano historiador, admirable erudito y crítico eminentísimo, á quien el cantor de la Imprenta buscó para ennoblecer su célebre *Semanario* y confirió Jovellanos la noticia biográfica de Florida-Blanca, y leyó Melendez su sensible lira:—figurando siempre entre los que estudiaban poco y lucian mucho, en casa de D. Alberto, en aquella casa idolatrada de las letras españolas, donde los estudios de humanidades empezaron á ser cimentados en principios filosóficos y se puso la primera piedra del diamantino alcázar de la Estética en la nacion perínclita de Luzan. Epoca fué aquella, que Espronceda veneró siempre. Discreta me parece esta veneracion, por lo mismo que ninguna edad es á sus ojos más hermosa y santa que aquella en que aún dura el espíritu poético de la inocencia; en que la fé no ha dejado de sonreírnos y todo nos produce encanto; en que el espíritu no dá fruto, porque en esa primavera del alma, que se llama ilusiones, el espíritu está cubierto de flores, en que el ánimo, en fin, no sabe examinar, sino crecer. Lo nuevo, lo hermoso, lo bueno, impresionándonos profundamente, nos llenan de deliciosa emocion, sin ideas; nada se piensa, ni se razona; los sentidos reciben las impresiones, encargan á la memoria su custodia y aplazan el analizarlas; la amistad más íntima nace fácilmente, pues no se reflexiona acerca de los atractivos; la más pequeña chispa de la ingénita poesía de las almas produce en el corazon voraz incendio.

Dichosa edad, señores, esta edad! ¿Quién de vosotros no recuerda enternecido, aquellos dias en que poblaban vuestra mente, pensamientos angelicales, ambiciones purísimas, las historias más bellas, los sueños más rosados, los anhelos más cándidos por lo mismo que eran infantiles? ¿Quién de vosotros no saluda con júbilo, aquellas horas de la adolescencia, en que la pureza llenaba de perfumes y de deseos sin nombre vuestra alma dorada por la luz tierna de la esperanza perfecta.... aquellas horas, en que los nacidos para pulsar la lira, sueñan, lo que soñaba Gustavo Becquer, bajo un álamo blanco del gran rio que corre al Atlántico, escapándose, con una corona de adelfas y espadañas, de un pebetero de cristal y plata cincelada, orgulloso de haber enviado celestes reflejos sobre la fantasía de Rioja, de Velazquez, de Herrera, el dios de la lira elegiaca?

Ninguno extrañará que soñase Espronceda. Bendijo siempre el aula de D. Alberto, porque en ella habia poseido el carácter caballeresco de la primera juventud, rociado con el perfume de la poesía de la inocencia, porque allí habia poseido la pasion llena de ilusiones, la fé sin celajes, la esperanza sin cuidados; porque allí habia fingido un mundo iluminado por la virtud, abierto á toda grandeza; porque allí habia acariciado la idea de la gloria, y ni en sus ojos habian faltado lágrimas, ni en su corazon calor; porque allí habia ignorado que existieran penas, hastío y las tormentas que conociera más tarde, cuando á la edad de las creencias sucedió esa otra en que la juventud inaugura su reinado, dudando de todo, despreciando la naturaleza, aislándose en su personalidad, midiendo por esta todo el mundo, por sus ideas todos los espíritus, por sus pasiones la moral toda... edad, señores, en que la vida del individuo brota y se fortifica. Esta segunda edad, sorprende á Espronceda en las aulas de D. Alberto y convierte su vida en agitado y tempestuoso mar.

Afecto al cultivo de las musas, encontrando embeleso mayor en la lectura de un drama, que en la resolución del binomio de Newton, descuidó las matemáticas para entregarse á impulsos de la llama poética que le devoraba; Calderon, y los galanes de capa y espada de nuestro Teatro, estimularonle á ser un peleador constante; miembro del Mirto, elevó su vuelo á grande altura; aficionado á la política, liberal por convencimiento, individuo de la Sociedad de los Numantinos en clase de tribuno, logró tener por enemigos alguna ronda y no pocos alcaldes, los que no se dieron punto de reposo, hasta conseguir prenderle. A la vez que Vega y otros jóvenes de mérito, fué entregado á los tribunales de justicia, y estos encontraron méritos en la causa formada á los Numantinos, para condenar al imberbe poeta á reclusion en el convento de San Francisco de Guadalajara, ciudad donde residía entonces el padre del turbulento discípulo de Lista.

FAUSTINO SANCHO Y GIL.

(Se continuará.)

## SIETE DIAS EN ANNAM.

NOVELA ORIGINAL.

PRÓLOGO.

### Á ORILLAS DEL GANGES.

(Continuacion.)

Los acontecimientos le daban derecho á creerlo así. La hermosa india guardada por el viejo Tay-su como su más rico tesoro, era cándida y pura como los lirios que crecen ignorados en las sombrías márgenes del Ganges, y al ver en su libertador á un apuesto joven dotado de varonil hermosura, no tardó en cambiar la gratitud en otro sentimiento más dulce, y así se apresuró á manifestárselo con la ingenuidad de sus 15 años y con la candorosa franqueza que reina en aquel país donde el dominio de las conveniencias sociales está reemplazado por el imperio de las leyes de la naturaleza. En Oriente el amor es una pasión que absorbe todas las demás y que toma proporciones tan gigantescas como los incendios que se propagan en sus selvas calcinadas por el sol; Radhiah amó, pues, al joven aventurero con todo el delirio y con toda la intensidad de que era capaz su apasionada organización. Jáime fué para ella el único sér digno de ser amado; en él concentró todos los inmensos tesoros de ternura de su corazón; á él refirió todos sus recuerdos y pensamientos; en él cifró la dicha de su existencia.

Con no menor violencia correspondía á este cariño el arrebatado español al sentir renacer de nuevo su alma á las dulcísimas emociones del amor. Radhiah llegó á ser para él el tipo completo de todas las seducciones.

Mas á la felicidad de los dos amantes se oponían dos formidables obstáculos.

El primero, que les era conocido, le constituía el anciano Tay-su. Pobre y desvalido, pero dotado de una ambición sin límites y de una incontrastable fuerza de voluntad, había emigrado en su juventud de Asidmay, su aldea natal, (imperio de Annam) con el solo designio de adquirir una fortuna que pudiera satisfacer su desmesurada avaricia. El éxito vino á premiar su actividad y desvelos, y algunos años más tarde era ya uno de los más ricos joyeros de la presidencia de Bengala. A la muerte de su esposa, que le

dejó como recuerdo un cuantioso dote y á Radhiah por hija, domicilióse en Benares entregándose por completo á la administración y aumento de sus intereses y á las dulces afecciones de la familia, porque aun cuando era excesivamente avaro y egoísta, profesaba á su hija un ciego é intenso cariño paternal. Por lo demás, Tay-su era un hombrecillo de unos cincuenta años, de corta estatura y de exterior endeble y enfermizo, mas la extraordinaria movilidad de sus facciones, la viveza de sus ojos grises y pequeños, su nariz encorvada como el pico de un ave de rapiña y su frente aplastada pero de un corte atrevido y enteramente oriental, denunciaban un espíritu activo y vigoroso, aunque pérfido y disimulado, bajo aquella débil cubierta.

Así es, que apenas logró averiguar la afección que su hija profesaba al joven español, procuró por todos los medios posibles, aunque en vano, borrarla de su corazón: Jáime era europeo, cristiano y pobre, motivos bastantes para que Tay-su, intolerante y ambicioso le odiara profundamente. Radhiah, con femenil penetración, comprendió que nunca podría alcanzar el asentimiento de su padre, y fingió olvidar al español para eludir las sospechas y vigilancia de aquel, mas cuando llegaba la noche, á favor de sus sombras y patrocinadas por una esclava, tenían los amantes ocasión de verse algunos instantes y de formar risueños y tal vez quiméricos proyectos para el porvenir.

Más temible, por serles desconocido, era el segundo obstáculo que á su felicidad se oponía. Este obstáculo se llamaba Sengi-Mahaver. Era un maratha que había sido sucesivamente pastor en las orillas del Nyra, bandido en las montañas de Khandeych y pirata en el golfo de Bengala. Después de haber acaparado un cuantioso botín, abandonó su peligroso género de vida y se estableció en Benares, donde vió por casualidad á la hermosa hija de Tay-su. Cautivó su belleza y se enamoró locamente de ella. Sengi-Mahaver era un indio de alta estatura y de miembros ágiles y vigorosos, dotado de un valor que rayaba en temeridad, y cuyas facciones bronceadas é imponentes, bajo un velo de impassible indiferencia, encubrían las más violentas y desenfrenadas pasiones.

Para él el deseo equivalía á la posesión; así es que no tardó en buscar los medios más oportunos para que la hermosa india llegara á ser suya. Organizó un hábil espionaje en torno de la casa del joyero, y bien pronto tuvo la seguridad de que otro amante más afortunado poseía por completo la confianza é intimidad de Radhiah.

Jáime fué visto y espiado á su vez en sus nocturnas escursiones, y el maratha, ciego de celos y de furor, decidió quitarle de enmedio, considerándole como un obstáculo incómodo y peligroso para el rapto que proyectaba.

Una noche que el español salía del pabellon del jardín en que acababa de tener una entrevista con su adorada, en vez de retirarse á su vivienda, tuvo el capricho de ir paseando, á la luz de la luna, por las orillas del Ganges.

Todos los enamorados han mostrado siempre una decidida afición á hacer confidente de sus penas ó de sus alegrías al astro de la noche.

Aunque muy abstraído en recordar la seductora imagen de Radhiah y las apasionadas protestas que de su amor le había hecho la bellísima india, no dejó de notar que le seguían, y á todo evento preparó su revólver.

En Benares es muy frecuente un mal encuentro, y la policía no está tan bien organizada como sería de desear.

Paróse Jáime, y entoncés el bulto que le seguía avanzó hácia él con aire resuelto.

—¡Detente ó mueres!—le gritó el español apuntándole.

El que le seguía se paró á su vez, y con voz reposada y tranquila—¡tengo que hablarte!—le dijo.

—¡Elijes muy malas horas!—contestó desdeñosamente el español.

—¡Siempre lo son buenas para recibir un aviso al que ha de deberse la vida!—respondió Sengi-Mahaver, que era el que había seguido á Jáime.

—¡Habla, pues!—dijo este con acento breve é imperativo.

—Si en algo estimas tu vida, renuncia para siempre al amor de la doncella de los ojos negros, y sal mañana mismo de Benares.

—¿Y quién es el miserable que te ha encargado de tan imbécil comision?

—¡Quien, si es preciso, sabrá arrancarte con el alma el maldito amor que Radhiah te inspira!...

—¡Si vuelves á manchar su nombre con tu vil lenguaje, te aplasto!—gritó colérico el español, dirigiéndose al maratha.

Este, en vez de huir, requirió un puñal, cuya hoja brilló herida por los trémulos rayos de la luna, y dando un formidable salto, se precipitó como un tigre sobre Jáime.

Disparó éste á la vez, y Sengi-Mahaver, despues de vacilar por un momento, cayó rodando en las tranquilas aguas del Ganges, á cuya orilla se hallaba.

Preocupado por este acontecimiento, aunque no por el inminente peligro que acababa de correr y que no tardó en olvidar con la generosa indiferencia de la juventud, prosiguió el aventurero su interrumpido paseo y pudo entregarse de lleno á sus delirios amorosos.

### CAPÍTULO III.

## ARDIDES DE AMOR.

No ménos solfcito que en la custodia de sus joyas y piedras preciosas se mostraba Tay-su en vigilar á Radhiah, tesoro de su corazón.

Veía con inquietud que aquella niña, siempre cándida y risueña en días no muy lejanos, estaba de continuo pensativa, que sus ojos adquirían una expresion de apasionada languidez, y que á sus encantadoras sonrisas había sucedido una vaga melancolía, de cuya causa no podía darse cuenta.

Su solicitud paternal hizo inquirir á Tay-su el motivo de tan repentina trasformacion. ¿a sospechaba que el jóven europeo podría tener mucha parte en ella y un continuo y perseverante espionaje vino á confirmar estas mismas sospechas.

¿Cómo cortar de raíz aquel amor que amenazaba labrar la desventura de su hija, y puesto que él no se hallaba dispuesto en manera alguna á permitir que se uniera á un hombre que pertenecía á una raza y á una nacion que él odiaba? (Esto acaecía cuando la expedicion franco-española iba á vengar los infames atentados que los annamitas habían cometido con pacíficos é inermes misioneros).—En Oriente las pasiones tienen un marcado carácter de impetuosidad y violencia; pero á la vez son susceptibles de disiparse y desvanecerse, para dar lugar á otras nuevas no ménos enérgicas: Tay-su sabia esto y creyó fácil borrar por completo del corazón de su hija el recuerdo del bizarro aventurero. Para ello renovó la servidumbre que patrocinaba las entrevistas de ambos, redobló su vigilancia, recluyó á Radhiah en una apartada estancia, desde donde no podía ver ni ser vista por nadie, y no olvidó ninguna de las más esquisitas precauciones que son propias del despótico y receloso génio de las razas semíticas.

Mas no era esto bastante para apagar el voraz incendio que consumía el alma de la hermosa india, que desde entonces recayó en una sombría y profunda tristeza, cuyos efectos no tardaron en alarmar al annamita. Para distraerla, le proporcionó cuantos esparcimientos y recreos eran compatibles con la severa reclusion en que la tenia. Músicos y bayaderas, joyas y perfumes, todas las distracciones, en fin, de que el más refinado lujo y la más espléndida pompa oriental pudieran hacer uso para diversificar algun tanto la monótona vida de un haren, coadyubaron desde entonces á entretener la triste cautividad de la infortunada niña, que las aceptó, no porque hallára en ellas un lenitivo á sus pesares, sino porque comprendía que cuanto mayor fuera su aislamiento más difícil le sería ponerse de acuerdo con su amante.

Al mismo tiempo Tay-su, decidido á todo trance á procurar desvanecer aquella funesta pasion, y comprendiendo que la vista de aquellos lugares renovaba de continuo el recuerdo del español en la mente de su hija, no vaciló en sacrificar los instintos de su avaricia en aras de su amor paternal. Para ello redujo á metálico toda su inmensa fortuna, y se preparó á volver á Asidmay, su aldea natal. Indecible fué el dolor de Radhiah al saber este designio, mas no procuró disuadir de él á su padre, porque hubiera sido inútil, atendida la incontrastable fuerza de voluntad que le caracterizaba. Así es que se limitó á preguntarle cuándo debían verificar su partida.

—¡Dentro de tres días!—contestó.

Aquella misma tarde, cuando la india se hallaba dominada por la más sombría desesperacion, le anunció un esclavo que esperaba en la puerta un mercader armenio que vendia telas de Erzerum y Nakchivan.—¿Se le permite pasar aquí?—añadió el esclavo.

Iba á contestar Radhiah negativamente, mas un repentino presentimiento la detuvo.

—¡Que pase!—dijo.

Entró á poco el mercader acompañado de un vigoroso kouli (1) que conducía multitud de piezas y lios de tela...

A pesar de lo hábilmente disfrazado que iba el servidor del mercader y del color de bronce que cubría su tez, reconoció en él á su amado, mas con la presencia de ánimo de que sólo una mujer es capaz, fingió no aperebirse de ello, porque el desconfiado Tay-su se hallaba en aquella misma estancia.

Jáime había ideado aquel ingenioso ardid, que no tardó en poner en práctica, mediante el interesado concurso del mercader armenio.

Este se puso á hablar gravemente con el annamita, mientras Radhiah, fingiendo una infantil curiosidad, se aproximó al kouli y empezó á desplegar y á revolver en todos sentidos las magníficas telas de que era portador.

Entablóse entre ambos un diálogo rápido y en voz tan baja que sólo los oídos de dos enamorados eran capaces de percibirlo.

—Héme aquí,—había dicho el fingido kouli;—no des la menor señal de asombro ó sorpresa!...

—Te he conocido!—contestó ella.

—Acaso mi disfraz es imperfecto?—preguntó Jaime dirigiendo una recelosa mirada á Tay-su.

—No! los ojos de mi padre no te conocerán como no te hubieran conocido los míos, pero mi corazón te ha adivinado!—murmuró Radhiah con un acento de inefable ternura. Y luégo, volviéndose á su padre le dijo.—Es preciso que compres esta túnica de Samarcanda y este chal de Cachemira: me servirán para el viaje!...

El joyero sonrió de placer... hacía mucho tiempo

(1) Indios que se alquilan diariamente y que desempeñan las funciones de mozos de cordel, demandaderos, etc.

que su hija no habia tenido ninguno de esos femeniles caprichos tan propios de las volubles hijas de Eva.

—Viaje! ¿y á dónde?—preguntó alarmado el falso kouli.

—Al país de mi padre, que ya se retira para siempre del comercio.

—Está muy lejano ese país?

—Lo ignoro, no he estado nunca en él! Es el imperio de Annam... Allí os abarrecen mucho á los españoles,—añadió con tristeza.

—¡Nos temen! exclamó con noble orgullo Jaime.

—La aldea de mi padre se llama Asidmay y partiremos dentro de tres dias.

—¡Y yo tambien! dijo el impetuoso amante.

—Vas á correr grandes peligros, á morir tal vez.... pero no importa... ¡ven!...—exclamó la india con exaltada energía.

Una europea en caso parecido hubiera dicho á su amante—¡Sálvate y olvida!—pero Radhia no escuchaba más que los audaces impulsos de su amor, sin atenderse á esa delicada pero fria abnegacion de que se hace gala en nuestras caducas sociedades.

Admirado y conmovido el jóven aventurero por aquella enérgica explosion de cariño velada con el disfraz del más refinado egoismo, exclamó:

—Entonces preferirias verme muerto...

—Antes que olvidadizo,—contestó ella con ingenuidad;—porque si mueres no tardaré yo en unirme á tí!... y luego añadió sorprendiendo una investigadora mirada de Tay-su...

¡Vete! ¡Mi padre sospecha algo!

Dos minutos despues habian salido de aquella casa el mercader armenio y su kouli.

Jáime de Alba se despidió de su jefe que lamentó en extremo la pérdida de su más activo y desinteresado dependiente, y reuniendo todos sus recursos que ascenderian á tres mil rúpias (1) se preparó para el viaje.

Mas cuando el dia prefijado para la marcha llegó, al vagar por los alrededores de la casa de Tay-su para ver salir á Radhiah, observó que aquella estaba deshabitada.

El artificioso joyero habia concebido vehementes sospechas al observar el animado diálogo de su hija y del servidor del armenio, y para desbaratar cualquier plan que los amantes hubiesen formado, anticipó dos dias su marcha. Verificóse esta antes de rayar el dia, y con las más esquisitas precauciones para que nadie se apercibiese de ella.

Así se lo presumió el audaz enamorado tan pronto como los vecinos de Tay-su le enteraron del dia en que aquel habia emprendido su viaje y del misterioso sigilo con que lo habia llevado á cabo.

—Son cuarenta y ocho horas las que me llevan de ventaja—se dijo—mas como caminarán con lentitud y á mayor abundamiento, sé adonde se dirijen, no he de tardar en alcanzarlos!...

Y aquel mismo dia se puso tambien en marcha.

FIN DEL PRÓLOGO.

## PRIMERA PARTE.

### I.

#### CAMBIO DE ESCENA.

Aun no habian transcurrido dos meses desde que tuvieron lugar los sucesos que acabamos de referir, cuando el jóven protagonista de nuestra historia, montado en un caballo tártaro, de escasa alzada, pero ágil y nervioso como una cabra montés, y acompañado de un guia práctico en el terreno, atravesaba un espeso y frondoso bósque de los muchos que abundan en las incultas soledades del imperio de Annam.

Nada hay comparable á la magnificencia y plenitud de vida que muestra la naturaleza en aquel privilegiado país, uno de los más ricos y feraces de la zona tórrida: para describirlo dignamente, apenas bastarian el pincel del artista y la lira del poeta.

Aromáticos álces, gigantescos mambús y palmas que extendian su verde quitasol de follaje á cien piés del suelo, enebros barnizados por la espesa capa de goma á que su corteza daba paso, iron-woods ó palo de hierro de hojas brillantes y rojizas, y colosales calembacs cuya madera es tan apreciada en las construcciones marítimas, resguardaban el suelo de los ardorosos rayos del sol é impregnaban el ambiente de suaves y desconocidos perfumes. Multitud de extrañas y vistosas flores tapizaban el terreno; entretrejidas lianas cubrian, como la yedra en nuestras latitudes, los troncos de los árboles, y como para dar más movimiento y vida al paisaje, ora cruzaban la parte superior de la atmósfera garzas reales de encendido plumaje ó águilas de rápido vuelo, ora por entre las ramas de los árboles se veian cruzar ardillas llenas de gracia y viveza, ó bien se oia el sordo rumor con que, al través de las hojas, se apartaban algunos inofensivos y matizados reptiles del paso de nuestros viajeros.

Estos, por su parte, se cuidaban muy poco de admirar la espléndida belleza de aquel paisaje: Jáime de Alba, por hallarse sumido en una profunda distraccion y su acompañante, porque, sobre ser annamita, es decir, incapaz de admirarse por nada, tenia conocido aquel terreno desde su niñez.

Aquel guia habia sido para el jóven aventurero un hallazgo inapreciable. Yao, este era su primer y más conocido nombre, (porque los annamitas son muy pródigos en materia de denominacion), habia aprendido algun tanto el español durante la permanencia de los misioneros en Cochinchina y servia de intérprete al audaz viajero, que, á no ser así, se hubiera visto muy comprometido en sus investigaciones en aquel poco hospitalario país.

Por lo demás, el exterior del indígena no ofrecia ninguna particularidad notable. Era de pequeña estatura, pero de miembros ágiles y nerviosos: sus pómulos salientes, ojos oblicuos y pequeños, aunque dotados de excesiva movilidad y penetracion, tez aceitunada y barba lampiña eran todos caracteres comunes á los de su raza, pero que en él se hallaban perfectamente distintos y acentuados. En cuanto á su vestido se distinguia por una sencillez muy primitiva: constaba de una túnica provista de mangas muy cortas y anchas y de un turbante ceniciento. La túnica, que le llegaba á mitad de la pierna, estaba ceñida por un cinturón del que pendia un ancho puñal y una caja de municiones: de su espalda iba suspendido un antiguo y pesado pero excelente fusil inglés. En cuanto á su cabalgadura, era muy semejante á la del español, y en su grupa descansaba un gran saco de vituallas y utensilios indispensables para el viaje. Yao, pues, desempeñaba á la vez los cargos de guia, intérprete, proveedor y mayordomo, con tan rara inteligencia y habilidad, que su amo provisional habia

(1) 30.000 rs. próximamente en moneda española.

tenido ocasion de felicitarse más de una vez por haberle elegido.

No son los annamitas muy comunicativos ni hospitalarios con los extranjeros segun han demostrado con triste frecuencia, y Yao, conocedor de este pequeño defecto de sus compatriotas, elegía siempre los caminos extraviados, evitaba las grandes poblaciones y cuidaba de presentar á Jáime como un protegido de un gran potentado del imperio, callando cuidadosamente su procedencia española, porque aún estaban muy recientes en la memoria de sus rencorosos paisanos los frecuentes descalabros que las tropas imperiales habian sufrido en justa expiacion de la inicua muerte que hacia tres años dieron á los desventurados misioneros que, en alas de su fé, habian ido á aquel remoto país á recibir la muerte y á alcanzar la corona del martirio.

Esta solicitud de Yao no dimanaba tan solo de la prodigalidad con que veia recompensados sus servicios, sino tambien de la gratitud, porque habiéndose un dia adelantado á perseguir un enorme búfalo, éste, al sentirse herido levemente, se precipitó furioso contra su agresor, que no tuvo tiempo de volver á cargar su fusil. Afortunadamente el mismo ímpetu y violencia del colérico animal salvaron momentáneamente á Yao que cayó á impulsos del rudo choque que sufriera, dando lugar á que el búfalo pasára por encima de él, y cuando se volvió de nuevo á completar su venganza, una bala magistralmente dirigida por el jóven español, le tendió muerto sobre el que un minuto más tarde hubiera sido victima de su imprudencia. Dolorosas contusiones en el cuerpo y una profunda gratitud y afecion en el alma respecto á su libertador, fué lo que el excelente Yao adquirió á consecuencia de esta aventura. El alma humana toma en aquellas comarcas el temple de su clima escepcional, y las pasiones un carácter de grandeza en armonía con su colosal vejetacion: allí se ama ó se aborrece sin que nunca se halle el término medio, la indiferencia de nuestras gastadas sociedades; el odio allí es irreconciliable, como sin límites la abnegacion y el cariño.

Jaime, impaciente como enamorado, espoleaba con violencia á su caballo tan pronto como la menor espesura de los árboles y arbustos se lo permitian. Yao le seguia de cerca y ambos parecian dos de esas sombras que, arrastradas por el vertiginoso galope de corceles fantásticos y al través de opacas é inextricables sendas, se complace en evocar el sombrío genio septentrional en sus melancólicas baladas.

—Hé aquí un buen espacio despejado de árboles y matorrales, —esclamó el aventurero;— aprovechémoslo para adelantar nuestra jornada.

—No es preciso! —contestó Yao con el laconismo tradicional en su nacion.

—De modo que hoy llegaremos al término de nuestro viage.....

—Cuando el sol toque en el pié de los cielos. (Por medio de esta caprichosa imágen indican los annamitas lo mismo que nosotros con la palabra horizonte).

—Justo es entonces que demos un leve descanso á nuestras cabalgaduras, —esclamó Jaime poniendo la suya al paso y siendo imitado por su acompañante. Luégo añadió:—Estás seguro de que no te han informado mal los que te han dicho que es á la aldea de Asidmay á donde se dirigen aquellos en cuyo seguimiento vamos?

—Lo estoy: quien me lo ha dicho es un habitante de esa aldea de donde es natural Tay-su el joyero. A donde sino á ella puede dirigirse?

—Y habrán seguido este mismo camino?

—He visto hace poco las huellas de sus caballos y de un elefante que tambien llevan consigo.

Jaime entonces sintió en el alma un placer mezclado de pesar: acaso no debia haber adivinado que la presencia de su adorada habia embellecido aquellos lugares? Asaltado por estas y otras ideas no menos extrañas, recayó de nuevo en su anterior distraccion con gran contentamiento de Yao que se hallaba bastante fatigado á consecuencia de los esfuerzos que para sostener aquel inusitado diálogo habia hecho.

## II.

### UN ENCUENTRO INESPERADO.

Una legua escasa habrian andado los dos viajeros, cuando con una rapidez, que es otro de los encantos de aquellos maravillosos climas, se cambió la decoracion que el terreno presentaba. A los elevadísimos árboles y enmarañados setos y matorrales que acababan de atravesar, sucedió un vasto espacio de rocas grises y apiñadas, desnudo de vejetacion, y alfombrado, no por fragantes flores como el que abandonaban, sino por guijarros calizos y arena calcinada por el sol.—Jaime admiraba con asombro aquel contraste motivado sin duda por alguna terrible y desconocida convulsion de la tierra en su época genesiaca, mientras que su guia, despues de orientarse, se puso á inspeccionar con minucioso esmero algunas concavidades de las que formaban las rocas en su caprichoso conjunto.

Como comprenderá el lector, no era el exámen geológico de las rocas lo que cautivaba la atencion de Yao.

—¿Qué es lo que ocurre? preguntó Jáime.

—¡Silencio! le contestó con la mirada su guia desmontando y dirigiéndose cautelosamente á un lado del camino despues de requerir su ancho puñal... Mas apenas habia andado algunos pasos se pintó en su rostro tal espresion de extrañeza, que su jóven señor, alarmado, pensó interiormente.

—Solo una cosa muy grave puede asombrar al impasible Yao! ¡Veamos! Y con un rewólver en cada mano fué á unirse á él...

Mas apenas se colocó en el mismo punto de vista en que se hallaba el admirado annamita, dejó caer los dos rewólvers á impulsos de una carcajada homérica que le acometió.

Disparóse al caer al suelo una de las dos armas, y al mismo tiempo se oyó una formidable interjeccion británica, precursora de la presentacion de una extraña figura que justificaba el asombro de Yao.

Era un hombre alto y robusto, ya entrado en años, vestido á la europea, aunque en mangas de camisa, de cabellos rojizos y cuyas restantes facciones se ocultaban bajo una blanquísima y espesa capa de espuma de jabon que le cubria el rostro. Con una mano agitaba una navaja de afeitar y en la otra empuñaba un rifle que asestó hácia los dos viajeros, gritando al mismo tiempo, y en español:

—¡Deteneos! ¿Quién sois?

—¡Amigos! respondió Jaime.

Tranquilizado por completo el excéntrico solitario por la inofensiva actitud de sus dos visitantes y por la simpática y jovial fisonomía del europeo, les hizo seña de que se adelantaran, desmontó el rifle y esperó tranquilamente.

—Dispensad, caballero, —dijo Jaime en correcto inglés, —nuestra poco respetuosa aparicion.....

—En efecto, no estaba yo presentable, más al creerme sorprendido he tenido que prescindir de la etiqueta social y de las conveniencias propias de una buena educacion, —contestó con gran calma el nuevo personaje.

—Os suplico que prosigais vuestro tocado, interrumpido por nuestra causa, si bien á nuestro pesar.

—Voy á complaceros, pero seguidme y hablaremos miétras tanto. Y los dos europeos se dirigieron á una concavidad algo profunda formada por dos rocas ahuecadas por la parte inferior, miétras Yao fué á cuidar las dos cabalgaduras que vagaban sueltas, y á vigilar los alrededores para evitar una nueva sorpresa.

—En este hueco,—prosiguió el de la navaja de afeitar haciendo uso de ella y despojándose de la nivea cubierta que ocultaba sus ingenuas y sonrosadas facciones,—me he acogido para evitar una insolacion, miétras volvía mi guía de la aldea inmediata. Ahora decidme si no juzgais indiscreta mi pregunta, cuál es la causa que motiva vuestro viaje por esta comarca?

—Refiriósela brevemente Jaime y entónces su interlocutor, con una amable volubilidad, y como si le hubiesen quitado un enorme peso de encima dijo, anticipándose á todas las preguntas que pudieran hacersele:

—Me llamo Sir Humberto Cumley, soy natural de Wexfort, miembro de la Academia de Ciencias naturales de Dublin, socio de mérito de la de Lóndres, corresponsal de las establecidas en todas las capitales europeas y Presidente honorario de las últimamente creadas en algunas poblaciones pertenecientes á la Presidencia de Calcuta. Dedicó mi existencia al tranquilo estudio de las ciencias naturales y en especial al de la Botánica, á cuyo progreso y adelanto he consagrado mi fortuna, no vacilando en hacer costosos y arriesgados viajes... y por cierto con bien mala suerte... Figuráos que me decidí á hacer un exacto y completo estudio de la flora y la fauna de la isla de Madagascar, asuntos muy poco tratados por los modernos, y cuando llegué á ella supe con verdadera desesperacion que me habia precedido un francés, el Doctor Boisduval... entónces formé el proyecto de escribir una monografía de las plantas que crecen en las orillas del rio Uruguay (en la América) que hubiera sido muy interesante para la ciencia, y hé aquí que á poco de desembarcar en Montevideo supe que un endiablado botánico aleman se me habia anticipado tambien!..

—Siempre llegabais tarde!..

—Siempre por desgracia!.. En lucha con la fatalidad que me perseguía no he querido darme por vencido: concebí el plan de escribir una flora annamítica, obra ansiosamente esperada por la Europa científica, me puse de nuevo en camino y hace ya dos meses que voy recorriendo estos dilatados bosques tomando datos y hallando nuevos y desconocidos vegetales cuya descripcion y estudio me han de dar un envidiable renombre, mas hoy al veros...

—Me creisteis un rival? preguntó sonriendo el español.

—No lo negaré,—contestó sir Humberto;—mis pasadas desgracias casi me autorizaban para sospecharlo así. Mas puesto que ningun interés científico os ha traído á estas regiones...

—Ninguno: ¡podeis estar seguro de ello!

—Celebro entonces tan agradable encuentro, y aprovecharé cualquier ocasion de seros útil... No tomeis mi oferta á jactancia, mas como sabia la poca seguridad que este país ofrece á los viajeros, he logrado hacer que el gobierno inglés me ponga bajo la inmediata proteccion del emperador y que éste me extienda un salvo-conducto, mediante el cual no he sufrido ninguna vejacion de las que con tanta frecuencia se ven aquí.

B. MEDIANO Y RUIZ.

(Se continuará.)

## LA ÚLTIMA BATALLA.

(Conclusion.)

### II.

#### LA PROMESA.

Una serena mañana, el sol de Junio esparcía en olas de luz sus rayos por la vega granadina. Mil tiendas y pabellones de blanco techado á guisa, se alzaban en ancho espacio con vistosa perspectiva. Brillaban cascos y espadas, lanzas, petos y lorigas miétras iban los soldados formando ordenadas filas. A la par en una tienda, que cámara parecía por las sedas y brocados que sus paredes tapizan, vários guerreros y damas con respeto departian de los lances de la guerra que tiene el rey emprendida. A poco se entreabre el lienzo y haciendo una cortesía, un hombre de continente recio y marcial se aproxima, y dirigiéndose á aquella que en el centro se divisa la dice tras breve pausa: —Vuestra orden, señora mia, espera el marqués de Cádiz. La dama habló de corrido: —Bien sabeis, noble marqués, cuánto al corazon aviva, del triunfo que apeteecemos la esperanza reprimida. Y aunque comprenda el valor que á mis soldados anima, por acallar el deseo de ese triunfo que os decía, quiero contemplar de cerca, quiero admirar por mí misma los muros de esa Granada que mi poder desafia. —Señora, nunca al peligro vuestro corazon vacila. —Mas ved que impongo una tasa. De la ciudad á la vista no es prudente que empeñeis combate, lucha, ni lidia; debemos ahorrar la sangre, que harta corrió en Ajarquía. —Si mi palabra es bastante ya os la tengo prometida; dijo el marqués saludando á la reina de Castilla; pues era esta aquella dama que en el centro se divisa, de faz blanca y negros ojos que dulcemente fascinan.

Al momento suenan cajas, clarines y vocería de los peones que cruzan, de las lanzas que desfilan, de los caballos que trotan, del acero que rechina;

y muy pronto del ejército  
las masas firmes y unidas  
avanzan como un nublado  
de pardas y oscuras tintas.  
Ya la llanura abandonan,  
ya trasponen la colina,  
y en quebradas y laderas  
ondulan como anchas cintas  
hasta coronar de Zubia  
las innumerables cimas.

Grande alboroto levanta  
en Granada, la osadía  
de las castellanas huestes  
que á los muros se avecinan.

Apacíguanse los odios,  
olvidanse las rencillas,  
reúnense los alcaldes,  
el mismo Boabdil se irrita  
y en un momento las plazas  
hierven en feroz morisma  
que lanza rabiosos gritos  
y esgrime el hierro homicida.

A muy poco desde Zubia  
donde las torres se avistan  
del renombrado Albaicin  
y de la Alhambra magnífica,  
ven Isabel y Fernando  
que por la muralla misma  
el moro al campo se lanza,  
y á su recia acometida  
los peones retroceden  
y los ginetes vacilan.  
Mas pronto acude el de Cabra  
con su mesnada aguerrida,  
y el noble marqués de Cádiz,  
y el valeroso Tendilla;  
y cristianos y musulimes  
se chocan y precipitan  
como corrientes contrarias  
que rápidas lluvias hinchán.  
Y no ven más, que en el campo  
donde el ejército lidia  
nubes de polvo se elevan  
y espesas sombras declinan.

Y ya la noche llenaba  
el cielo de luces tibias,  
cuando las cristianas huestes  
con victoriosa alegría  
de Zubia á ocupar tornaban  
las innumerables cimas,  
y cuando el noble caudillo  
que de Cádiz apellidan  
á presencia de sus reyes  
confuso y triste venía.

—Marqués, Isabel le dijo:  
vuestra palabra es cumplida,  
y la prueba es esa sangre  
que vuestra espada salpica.

—Con harto pesar, señora,  
salió de sangre teñida,  
mas ella aquí no volviera  
si no la juzgaseis digna  
del costado que la ciñe  
y del honor de Castilla.

—Ah!... no tomaré yo en cuenta...  
pienso, Rodrigo, en las víctimas  
que sacrificó un capricho.

—Vuestro dolor... se adivina,  
mas perdonad si me atrevo  
á afirmaros...

—¿Qué me afirma  
el caudillo?..

—Esta batalla  
sin orden vuestra reñida  
presiento que es la postrera  
si la suerte nos auxilia.

—El cielo os oiga, marqués;  
¡mayor victoria no habria!

Y dichas estas palabras  
oyóse clara y distinta  
la voz de marcha, animando  
las ántes calladas filas.

### III.

#### GLORIAS Y RÉCUERDOS.

Tras las nieblas perezosas  
que el horizonte entristecen  
vienen los alegres rayos  
y los arreboles vienen,  
con que el Abril engalana  
sus cielos resplandecientes.  
Tras el horror de la lucha  
la paz de la tierra tiene  
como la del cielo, flores  
y regocijo y laureles;  
y luce por fin un día,  
y ante los cristianos reyes,  
y ante los bravos soldados  
que combatieron mil veces,  
vacilan los musulmanes,  
los sitiados retroceden;  
Boabdil vencido se mira,  
su roto escudo es ya débil  
y firma secretos pactos,  
y entrega valiosos rehenes,  
y de la altiva Granada  
las llaves doradas cede.  
Oh día! Oh paz! Oh victoria!  
¡Momento grande y solemne!

¿Quién es aquel caballero  
que por el Genil descende  
vistiendo arnés deslumbrante  
con banda de rojo y verde,  
y que una lanza tremola  
en cuyo remate vése  
la cruz de extendidos brazos  
bajo cuyo signo vence?...  
Lujosos pajes le siguen  
en refrenados corceles,  
caballeros le acompañan  
como si al combate fuese,  
nobles, maestros, obispos  
de áureas túnicas y vestes,  
lucido escuadrón de infantes,  
y multitud de ginetes.  
Ese es el rey don Fernando  
que de los suyos al frente  
se dirige hácia la Alhambra  
y á sus risueños vergeles,  
dulce mansion de la dicha  
y morada de cien reyes.  
Muy pronto cruzan la vega  
y por la cuesta se extienden  
y á las puertas del Palacio  
llegan trémulos y alegres;  
muy pronto en las pardas torres,  
como aves que el vuelo tienden,  
se ven ondear flotantes  
los pendones leoneses,  
las banderas de Castilla  
y las que Aragon defiende.  
¡Granada por don Fernando!...  
repiten voces solemnes,

y allá en la vega lejana,  
que el eco de gloria sienten,  
los cristianos vencedores  
se postran en tierra inermes  
y al Dios que escuchó sus votos  
elevan sencillas preces.

¡Todo es júbilo en los reales!  
El ancho bosque no tiene  
más murmullos en sus hojas,  
que voces santas y alegres  
el campamento cristiano  
con sus numerosas huestes.  
La invicta Isabel, también  
rebotar el alma siente,  
cuando tras breves momentos  
torna con su esposo á verse  
en las espléndidas cámaras  
que el Alcázar enriquecen;  
y cuando al marqués de Cádiz  
entre los nobles cortesanos,  
magnates y ricos-hombres  
su mano á besar ofrece,  
le dice:—Rodrigo, el cielo,  
como si adivino fueseis,  
vuestro pronóstico cumple.  
Granada á mi patria vuelve...  
Era la *última batalla*.  
¡Oh, la paz... mi triunfo es ese!

¡Paz gloriosa! Nobles héroes,  
que vencisteis para siempre  
á los hijos del desierto,  
á los déspotas de Oriente;  
la patria que en vuestros brazos  
se vió un día engrandecerse  
con un eterno recuerdo  
hoy recompensaros quiere.  
Esa patria no vencida,  
aunque desdichada á veces,  
sabr  grabar vuestros nombres  
en los corazones fuertes,  
como una estrella en el cielo  
que no declina ni muere.

José M. MATHEU.

## DELITO Y PENA.

SONETO.

Con primor tan gracioso mi Jacinta  
Cabello, cejas y pestañas dora,  
Que envidia pone á la gentil aurora  
Cuando la tierra con sus dedos pinta.

¿Y qué diré de la purpúrea tinta  
Que esparce en su megilla arrobadora,  
Y de su lábio que el carmin colora  
Resplandeciente como roja cinta?

Yo, viendo en mi frenético arrebató  
De sus hechizos el vergel ameno,  
Nunca al cultivo del amor ingrato,

Un beso deslicé de gozo lleno;  
Mas ¡ay! vengó la ofensa del recato  
De sus afeites el atroz veneno.

GERMAN SALINAS.

## LIBROS RECIBIDOS EN ESTA REDACCION.

*Historias de la ciudad y de la Santa Iglesia colegial de Daroca (1629-1675).*  
Madrid 1879.—su vol. en 8.º de 460 páginas.

La publicacion de este libro, que comprende un breve resúmen histórico de la ciudad de Daroca y un detallado estudio de la antigüedad, estatutos, etc. de su iglesia colegial, demuestra una vez más no sólo la competencia del reputado bibliófilo Sr. D. Toribio del Campillo, colector de tan apreciables y rarísimos manuscritos, sino el afecto que profesa á nuestro querido país cuyas antiquísimas ciudades y villas pocas veces son objeto, en la medida á que su importancia las hace acreedoras, de tan curiosas y oportunas ilustraciones.

Este volúmen que de todas veras recomendamos á los pocos aficionados á este género de estudios, se halla impreso, en papel de hilo, por la acreditada tipografía de Fortanet, y su forma si elegante al-gun tanto *archáica*, digámoslo así, guarda perfecta armonia con el asunto.

*Memoria leida en la Junta general de accionistas de la Sucursal de*  
Banco de España en Zaragoza, el dia 23 de Febrero de 1879.—  
Folleto en 4.º de 24 páginas.—Zaragoza, Imprenta de J. Sanz.

Lo único que á los profanos en la complicada ciencia del *Debe* y *Haber* ocurre, despues de leidos los favorables resultados que en esta Memoria se consignan, es deplorar no ser accionista de la Sucursal y felicitar á los que lo son, y al probo y activo personal administrativo á cuya inteligente gestion son debidas las ganancias y crecien-te movimiento mercantil que se observan; Así se prestará á las mismas lisonjeras consideraciones la vitalidad industrial é intelectual de nuestra provincia que, por desgracia, no corresponden á lo que debería esperarse en un centro tan populoso é importante!

*Memoria acerca de la cistitis crónica complicada con hematuria*, por  
D. Francisco Arpal y Daina.—Zaragoza: Imprenta del Hospicio  
provincial: 1879.

En el concurso abierto hace más de un año por la Real Academia de Medicina para premiar la memoria cuyo tema vá al frente de estos renglones, entre las várias presentadas, ésta de que nos ocupamos mereció la distincion de ser considerada digna del *accessit*. El premio no llegó á adjudicarse por razones que respetamos y que están plenamente autorizadas por los precedentes y costumbres establecidas en esta clase de certámenes; pero lo que si nos ha extrañado es que el tema señalado para el concurso próximo sea el mismo. En nuestra humilde opinion es evidente que no habrá igualdad de circunstancias entre los que certaron en el año pasado y los que lo hagan en el venidero, porque estos á ménos costa y aprovechando el haberse ya tratado el tema, podrán presentar trabajos de más lucimiento y les será muy fácil, ampliando lo que en la memoria premiada se consigna, modificando el método y sobre todo utilizando la copiosa bibliografía que al final incluye, hacer una obra más acabada y completa á la que sin embargo podrá, en cierto modo, aplicarse el *Sic non vobis* de Virgilio.

Por lo demás y hecha esta ligera observacion que sometemos al respetabilísimo criterio de la Real Academia de Medicina de Zaragoza, prescindimos de aquilatar el reconocido mérito de la Memoria del Sr. Arpal por no permitírnoslo la indole de esta Revista y más que todo nuestra incompetencia en el asunto.

*Biografía de D. Mateo Benigno de Moraza*, por Fermin Herrau. Un  
volúmen en 8.º mayor, de 204 páginas.—Vitoria, 1878.

Este volúmen, primero de la biblioteca euskara, que con tanto acierto dirige el distinguido escritor alavés D. Fermin Herran, se halla exclusivamente consagrado al piadoso y patriótico fin de consignar los altos merecimientos de un orador y hombre público cuyos relevantes dotes y servicios al país que le vió nacer corrian parejas con su modestia. Consultor y Padre de provincia primero, y más tarde Diputado á Córtes, D. Mateo Benigno de Moraza defendió con perseverancia inalterable y con tanta habilidad como erudicion los fueros de las provincias vascas, en la legislatura de 1876; su excesivo celo y las fatigas que para desempear á conciencia tan honrosa mision se impuso, motivaron su muerte, profundamente sentida por sus compatriotas que en el libro de que nos ocupamos han rendido justo homenaje á la memoria de tan ilustre varon. = B. M.

ZARAGOZA: IMP. DEL HOSPICIO PROVINCIAL.